

LOS CONFINES DEL IMPERIO: LA EXPLORACIÓN DE ALASKA Y LA CRISIS DE NOOTKA

Jorge ÁLVAREZ PALOMINO¹

RESUMEN

A finales del siglo XVIII, el Imperio Español en América se encontraba en su máxima extensión territorial. La única región del continente todavía completamente desconocida era la costa del Pacífico Noroeste, donde ningún europeo se había adentrado. Entre 1774 y 1795, bajo las instrucciones de los virreyes de Nueva España, una serie de expediciones militares españolas se adentraron en estas tierras desconocidas para afirmar la soberanía española frente a la posible competencia de rusos e ingleses. Esto llevaría al enfrentamiento con Gran Bretaña en la crisis de Nootka, que puso fin a esta última expansión de la Monarquía española.

PALABRAS CLAVE: Nootka. Alaska. Pacífico Noroeste. Expediciones científicas.

ABSTRACT

At the end of the 18th century, the Spanish Empire reached its territorial peak in America. The only region still unknown was the Northwest Pacific, unexplored by any European. Between 1774 and 1795, under the viceroyalty

¹ Universidad CEU San Pablo (Av. Juan XXIII, 6, Madrid). jorge.alvarezpalomino@ceu.es

of New Spain, several Spanish military expeditions were sent to these lands to claim the Spanish sovereignty against British and Russian competitors. This will led to a showdown with Great Britain in the Nootka Crisis that put an end to this last expansionist effort of the Spanish Monarchy.

KEY WORDS: Nootka. Alaska. Northwest Pacific. Scientific expeditions.

* * * * *

Cuando España descubrió América en 1492, no podía siquiera imaginar la inmensidad del Nuevo Mundo que acababa de hallar. Los primeros viajes dejaron claro que se trataba de un continente gigantesco, cuya exploración completa llevaría siglos. En el primer gran impulso conquistador, liderado por Cortés y Pizarro, los españoles avanzaron rápidamente y en apenas cincuenta años tenían establecido un sólido imperio cuyos centros eran México, cabeza del virreinato de Nueva España, al norte, y el virreinato del Perú al sur, y que se extendía desde Florida hasta la Patagonia². Núñez de Balboa había visto por primera vez las costas del Pacífico mientras Magallanes y Elcano habían probado que se podía rodear Sudamérica y circunnavegar el globo. Pero en todos los mapas seguía existiendo una enorme mancha vacía: nadie había navegado jamás por la costa del Pacífico al norte de California.

Esa *terra incognita* continuó siendo un misterio durante doscientos años (fig. 1). El Imperio Español era demasiado grande, por lo que los viajes de conquista y exploración se detuvieron para centrar los esfuerzos en administrar bien las vastas posesiones que ya se tenían³. Al norte de México los españoles solo habían encontrado grandes llanuras desérticas, sin el menor rastro de civilizaciones avanzadas ni riquezas. El esfuerzo y los recursos de remontar la costa californiana no parecían merecer la pena. Y así, durante décadas, la región quedó nominalmente bajo control del Virreinato de Nueva España pero solo algunos misioneros jesuitas se interesaron en aquel territorio salvaje cuyo único atractivo era la evangelización de los escasos nativos.

² Gutiérrez Escudero, Antonio: «De Austrias a Borbones. La evolución del tráfico comercial con Indias y el cambio de dinastía», en *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n.º 56, 2006, pág. 109.

³ Weber, David J.: «Borbones y Bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos», en *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico-sociales*, n.º 13, 1998, pág. 148.

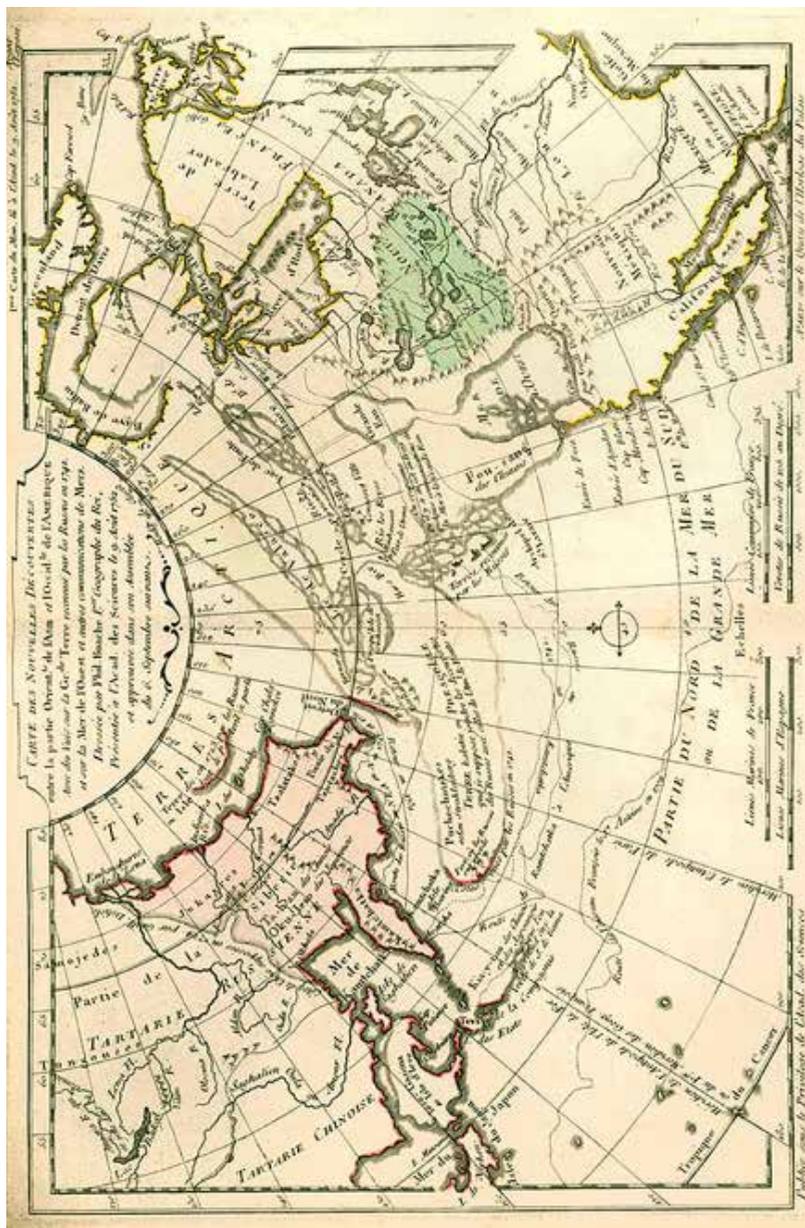


Fig. 1. Mapa del geógrafo francés Philippe Buache de 1753 donde se puede ver la indefinición de la costa americana al Norte de California, con accidentes geográficos puramente especulativos

Los competidores: ingleses y rusos

Todo cambió a finales del siglo XVIII. En España gobernaba una nueva dinastía, la Casa de Borbón, y como parte de su extenso plan de reformas se incluía un nuevo impulso colonizador en América. Bajo el reinado de Carlos III se produjo una segunda conquista de América hacia aquellos rincones más olvidados del continente y entre ellos estaba, por supuesto, la costa Noroeste.

Había otra razón para este renovado interés de España: el miedo a otras potencias. Hasta mediados del siglo XVIII, el Noroeste americano era un territorio tan remoto y desconocido que nadie salvo España podía llegar hasta él. Pero ahora en Madrid empezaban a llegar rumores de que ya no estaba sola en aquella parte del mundo. Dos eran los competidores. Por un lado, como siempre, el Imperio Británico, cuya marina, después de la Guerra de los Siete Años, estaba en el cenit de su poderío y se atrevía, por primera vez, a surcar el Pacífico desafiando la hegemonía española sobre sus aguas. Por otro lado, había aparecido como insospechado rival el Imperio Ruso, que después de conquistar toda Siberia había dado el salto y, según se rumoreaba, estaba intentando establecerse en Alaska.

La aparición de ingleses y rusos en tan remotas aguas no era solo consecuencia del creciente poder de ambos imperios. La región, por tanto tiempo olvidada, había ganado ahora un interés geoestratégico y comercial. Los marinos y geógrafos de toda Europa llevaban siglos convencidos de la existencia del llamado Paso del Noroeste: la posibilidad de, como habían hecho los españoles al sur, rodear América por el norte para conectar el Atlántico y el Pacífico⁴. Todos los intentos ingleses de lograrlo desde el Atlántico, navegando por encima de Canadá, habían fracasado trágicamente al quedar atrapados los barcos en los hielos del Océano Ártico. Pero tanto en Londres como en San Petersburgo pensaban que quizá habría más suerte haciendo la ruta al revés, entrando desde el Pacífico. La nación que lo consiguiera habría ganado el control de una nueva ruta comercial para conectar con mucha más rapidez los mercados de Asia con Europa. La búsqueda del Paso del Noroeste era una apuesta dudosa, aunque prometedora. Pero entretanto, los rusos habían descubierto un rentable y seguro negocio en la caza de nutrias marinas, muy abundantes en aquellas costas, cuya piel se podía vender luego como artículo de lujo a precios exorbitados, especialmente en

⁴ Herreros Cepeda, Alicia: «Breve introducción a la presencia española en el Noroeste de América», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid, 2011, págs. 13-14.

China donde era muy apreciada⁵. Y donde había un negocio que explotar era solo cuestión de tiempo que los ingleses fuesen detrás.

En la Corte de Madrid, Carlos III y su ministro de Indias, don José de Gálvez, estaban muy preocupados por estas noticias. Oficialmente, España seguía reclamando que todo el Nuevo Mundo, con la excepción del Brasil portugués, le pertenecía por el Tratado de Tordesillas y la bula papal *Inter Caetera* que había sancionado el reparto del mundo entre las monarquías ibéricas en 1493. Pero obviamente el argumento sería de poca utilidad para convencer a los protestantes ingleses y los ortodoxos rusos de que aquellas tierras inexploradas eran dominios del Rey de España⁶. Por eso, España tenía que salir de su apatía y reaccionar rápidamente reafirmando con hechos su soberanía en el Pacífico Norte. Empezó así una frenética carrera de exploración y conquista entre los marinos españoles, ingleses y rusos por ver quién se haría con el dominio de Alaska y el noroeste americano.

Las primeras expediciones (1774-1779)

La noticia de que los rusos se habían asentado al norte de la costa del Pacífico hacía urgente la expansión española al norte de California. Las misiones franciscanas allí estaban todavía precariamente asentadas y el avance por tierra era lento y complicado. Por ello, la responsabilidad de la carrera por la exploración recayó principalmente en los barcos de la Real Armada. El puerto más septentrional del Pacífico español era el apostadero de San Blas (actual Estado de Nayarit, México). Aunque solo disponía de unos pocos barcos, desde España se enviaron a algunos de los mejores oficiales y marinos salidos de las academias de la Armada⁷. Estos hombres, con los precarios medios disponibles, fueron los encargados de liderar la exploración de las últimas tierras desconocidas del hemisferio americano.

En el impulso de las primeras exploraciones fue esencial el entusiasta apoyo del virrey de Nueva España, el militar sevillano Antonio María Bucareli. En 1774 mandó una primera exploración con la fragata *Santiago*, con ochenta tripulantes a las órdenes del piloto mallorquín Juan José Pérez

⁵ Fernández Rodríguez, Manuela: «La presencia rusa en el Pacífico Noroeste», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid, 2011, pág. 104.

⁶ Herreros Cepeda, Alicia: *op.cit.*, pág. 14.

⁷ Fuster Ruiz, Francisco: *El final del descubrimiento de América: California, Canadá y Alaska, 1765-1822: aportación documental del Archivo General de la Marina*, Universidad de Murcia. Murcia, 1997, pág. 201.

Hernández⁸, cuyas órdenes eran navegar hacia el norte hasta alcanzar los 60° de latitud norte en busca de asentamientos rusos. La modesta expedición de Pérez salió de San Blas el 24 de enero de 1774 y, tras hacer escala en Monterrey, remontó la costa californiana entre «tiempos tan neblinosos y oscuros que causaban horror y gran recelo por navegar por mares no conocidos»⁹ y que dificultaban el pilotaje al ocultar casi constantemente el Sol y las estrellas. Pese a estas condiciones, siguieron adelante y fueron los primeros europeos en avistar la isla de Nootka (actualmente en la Isla Vancouver) y las costas de lo que son los estados de Oregón y Washington (EEUU) y Columbia Británica (Canadá)¹⁰. Durante el viaje, establecieron también los primeros contactos con las tribus nativas Nootka y Haida, que se acercaron en canoas y se prestaron a comerciar pacíficamente pero sin dejarles bajar a tierra. Como relata el segundo piloto de la expedición, Esteban José Martínez:

«En una canoa grande de catorce o quince codos venía uno representando ser Rey o Capitán, con veintidós indios con música de pandero y sonaja, bailando y gritando todos. Este señor Rey o lo que fuese se pagó de mi gorra encarnada, se la di y me dio el manto que traía [...] primoroso por estar hecho a manos de gente sin cultura»¹¹.

Pérez llegó hasta las islas de la Reina Carlota, a 55° Norte, casi en la frontera entre Canadá y Alaska. Aunque no había alcanzado la latitud ordenada por Bucareli, las quejas de una tripulación no acostumbrada al clima cada vez más frío, azotada ya por el escorbuto y con miedo a tener que retornar por una costa poco conocida hicieron que decidiese dar la vuelta y volver a San Blas. No había encontrado ni rastro de los rusos ni había llegado a tomar tierra para reclamar posesión del territorio, pero había navegado

⁸ Juan José Pérez Hernández (c.1735-1775) tenía amplia experiencia en la navegación Pacífica, habiendo estado en Filipinas y hecho la ruta del Galeón de Manila. Colaboró en las expediciones para el asentamiento de California y aunque como mero piloto carecía de la formación técnica de los oficiales de la Real Armada, era una opción lógica para comandar la expedición. Sobre su figura y su expedición puede consultarse el trabajo monográfico, que incluye la traducción de su diario, de Beals, Herbert K.: *Juan Perez on the Northwest Coast: Six Documents of his Expedition in 1774*. Oregon Historical Society Press. Portland, 1992.

⁹ Archivo General de Indias (AGI), Estado, 20, n.º 11, «Carta de Juan José Pérez al virrey Bucareli», 31 de agosto de 1774.

¹⁰ El inglés James Cook, desconocedor del viaje de Pérez, se atribuyó el descubrimiento de Vancouver años después, pero por el contrario Alexander von Humboldt, que sí pudo tener noticias de la expedición durante su estancia en la América española, la reconoció como la primera en descubrir aquellas tierras; Fuster Ruiz, Francisco: *op.cit.*, pág. 200.

¹¹ AGI, Estado, 20, n.º 11, «Diario de Navegación de los Descubrimientos desde Monterrey», 20 al 21 de julio de 1774.

más al norte que ningún español antes y establecido los primeros contactos con tribus nunca antes vistas por los europeos¹². El oficial se lamentaba ante el virrey:

«...he procurado así yo como los demás que me han acompañado hacer cuanto me ha sido posible para lograr y conseguir cuanto V.E. mandaba, quedándome el sentimiento de no complacer el deseo de V.E. como quisiera, pero ya digo que o no es voluntad de Dios o está guardada la dicha para otro. Lo cierto es que el camino queda abierto y registrado para otro que lo merezca navegar con más fortuna»¹³.

La imposibilidad de Pérez para tomar tierra y ejercer una toma de posesión formal era un problema, pero Bucareli se mostró en general muy satisfecho con la actuación del piloto mallorquín¹⁴. Como escribió a Madrid: «tengo siempre por utilísimo lo practicado, como que no conté con tanto logro en la primera entrada, como que facilita el éxito de las sucesivas, y como que persuade a que en los diez y nueve grados de altura que hemos adelantado no hay recelo de establecimiento extranjero»¹⁵. Los prometedores resultados hicieron que Bucareli mandase una segunda expedición en 1775 de mayores dimensiones. Estaba compuesta por tres barcos -*Santiago*, *San Carlos* y *Sonora*- y aunque Pérez repitió como piloto, iba ahora al mando de dos oficiales llegados desde España, el vasco Bruno de Heceta y el limeño Juan Francisco de la Bodega y Quadra¹⁶.

¹² El capitán ruso Alexis von Tchirkow había navegado desde el norte en julio de 1741 y llegó hasta una latitud similar, pero no pudo establecer ningún asentamiento. Llamó mucho la atención de Esteban José Martínez el ver a los indios lo que parecía una bayoneta y un trozo de espada de acero convertida en cuchillo, que parecían de origen europeo. Los españoles conjeturaron que podrían ser restos de una lancha con diez hombres que había perdido Tchirkow, según se sabía por su diario; Fernández Rodríguez, Manuela: *op.cit.*, pág. 101.

¹³ AGI, Estado, 20, n.º 11, «Carta de Juan José Pérez al virrey Bucareli», 31 de agosto de 1774.

¹⁴ Existió y prosigue cierto debate sobre lo acertado de las decisiones de Pérez. Los dos capellanes franciscanos que viajaron con él, los padres Crespi y de la Peña, escribieron sendos diarios donde dejaban ver su decepción por no haber podido desembarcar ni establecer un contacto más estrecho con los nativos; Crespi, Juan, Peña, Tomás de la, Palou, Francisco: *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1779)*. Clásicos de la Historia [en línea]: <https://drive.google.com/file/d/106venHT8MGXCRMj7Q0VHLx5UrjPrLN/view>. El virrey Bucareli respaldó por completo a Pérez, sin embargo, y obtuvo para él de Carlos III el nombramiento de teniente de fragata de la Real Armada, que por desgracia llegó a título póstumo pues el marino enfermó y murió en 1775 durante otra expedición al norte.

¹⁵ AGI, Estado, 20, n.º 11, «Carta n.º 1608 de Antonio Bucareli, virrey de Nueva España, a Julián de Arriaga, secretario de Estado de Marina e Indias», 24 de noviembre de 1774.

¹⁶ Fuster Ruiz, Francisco: *op.cit.*, pág. 202.

La expedición tuvo que afrontar todo tipo de dificultades. Al poco de partir, el capitán del *San Carlos* enloqueció y el barco tuvo que volver, separándose de la expedición y explorando por primera vez la bahía de lo que hoy es la ciudad de San Francisco, donde pronto se establecería una misión franciscana. El *Santiago* de Heceta y el *Sonora* de Bodega siguieron solos hacia el norte hasta llegar al actual estado de Washington, donde tomaron tierra. El 12 de julio de 1775 Heceta, acompañado de Pérez, el padre Benito Sierra y veinte hombres, desembarcó y tras officiar la primera misa y levantar una cruz, se tomó formalmente posesión de aquellas tierras en nombre del Rey de España. Los nativos quinault fueron inicialmente amistosos, pero pocos días después, sin que mediara provocación, varios guerreros asaltaron a una lancha española y asesinaron a los seis ocupantes. En una junta de oficiales, Bodega pidió desembarcar y tomar represalias, pero Heceta, con instrucciones del virrey de no provocar a los indios, decidió continuar la navegación. El escorbuto estaba causando estragos en las tripulaciones, incluidos todos los oficiales, por lo que Heceta y Pérez decidieron volver a San Blas. Bodega y su piloto, el gallego Francisco Antonio Mourelle, optaron sin embargo seguir adelante para alcanzar los 60°. La *Sonora* continuó en solitario y en agosto llegó a Sitka, actual Alaska, tomando posesión del territorio en la Bahía de Bucareli. Solo tras llegar a los 59° de latitud, y con casi toda la tripulación enferma, el pequeño barco dio la vuelta para retornar sano y salvo¹⁷. Como escribía el virrey a Madrid al enviar los diarios de la expedición:

«...son unos testimonios auténticos del celo con el que estos dignos oficiales se dedicaron al cumplimiento del encargo y de las ventajas que pueden resultar al servicio del Rey de que queden señalados sus dominios en casi quinientas leguas más de extensión de lo que han estado hasta ahora, conocidos ventajosos puertos, por la seguridad de sus fondeaderos, por la fertilidad de sus costas, y por las arboledas que indican proporciones para la construcción, y conocido también que la población el costa es toda de indios por lo general dóciles y francos al trato, que no hay establecimiento extranjero»¹⁸.

En 1779, mientras se afianzaba el dominio español en California, se envió una tercera expedición para continuar la exploración y reclamación de Alaska. Las corbetas *Favorita* y *Princesa*, a las órdenes de Ignacio de Arteaga y de nuevo Bodega, navegaron directamente hasta la ya conocida Bahía de Bucareli y desde allí, comenzaron la exploración de la Península de Kenai y las costas de Alaska. Continuaron en todo su camino celebrando

¹⁷ Cumplido Muñoz, José Ramón: «Guerra fría entre España y Gran Bretaña: la crisis de Nootka», en *Revista de Historia Naval*, n.º 111, 2011, pág. 10.

¹⁸ AGI, Estado, 20, n.º 22, «Carta n.º 2073 de Antonio Bucareli, virrey de Nueva España, a Julián de Arriaga, secretario de Estado de Marina e Indias», 27 de diciembre de 1775.

tomas de posesión, dibujando planos y estableciendo contacto con los nativos, que pese al cuidado de los españoles en mantener la mayor gentileza no estuvo exento de problemas:

«Se manejaron los comandantes con la suavidad que les fue prevenida, sin hacer uso de las armas, sin embargo de los latrocinios que continuamente sufrían, más que una sola vez para restaurar dos marineros de que se apoderaron los indios, y no quisieron entregar ni por amenazas, ni por diligencias, ni por recuperar a uno de los suyos, sino por el canje de muchos que en la lancha se recogieron del agua, a donde los precipitaron algunos tiros de pedrero, y también fue necesario dispararles otro por el atentado de haber echado al suelo la Santa Cruz por hurtarle los clavos con que se había fijado. El obsequio que se les hizo generalmente y la buena acogida que experimentó el que se tuvo arrestado en la fragata Favorita los dejó en amistad y bien persuadidos de que jamás se intentaría daño por los españoles»¹⁹.

La expedición alcanzó finalmente los 61° de latitud, donde se celebró misa solemne y toma de posesión del territorio cerca de donde hoy se encuentra Anchorage, la ciudad más poblada de Alaska. Sería el punto más septentrional al que llegaría nunca el Imperio Español²⁰.

La llegada de los extranjeros (1780-1790)

Las primeras expediciones habían sido un éxito: los marinos españoles tenían ahora un conocimiento inigualable de la costa del Noroeste. Sin embargo, en ninguno de los tres viajes habían encontrado el menor rastro de los supuestos asentamientos rusos. Ello tranquilizó a las autoridades españolas, que desestimaron los rumores como excesivamente alarmistas²¹.

¹⁹ AGI, Estado, 20, n.º 28, «Carta n.º 187 de Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, a José de Gálvez, secretario de Estado de Indias», 27 de diciembre de 1779.

²⁰ Sánchez Montañés, Emma: «Las expediciones españolas del siglo XVIII al Pacífico norte y las colecciones del Museo de América (Madrid). La expedición de Arteaga de 1779», en *Anales del Museo de América*, n.º 20, 2012, págs. 88-120.

²¹ A petición del Ministerio de Marina e Indias, el geógrafo y marino Vicente Doz comparó los diarios de la expedición de Pérez con los de la expedición rusa de Tchirkow, la que más al sur había progresado, y concluyó que ambos habían llegado aproximadamente al mismo punto, pero no creía que estuviesen en condiciones de avanzar más: «Los rusos han mostrado en todos tiempos los más vivos deseos de establecerse en nuestras Américas, las repetidas desgracias que se han seguido a sus descubrimientos les han obligado a abandonar la solicitud [...] estos desgraciados sucesos, lo inculco y estéril de la Península de Kamchatka y lo poco civilizado de sus habitantes nos ponen por ahora a cubierto de su peligrosa vecindad por aquella parte»; AGI, Estado, 20, n.º 11, «Carta de Vicente Doz a don Julián de Arriaga», 21 de junio de 1775. Sobre la figura de Doz, uno de los muchos sabios militares de la España dieciochesca, véase Piñera y Rivas, Álvaro de la: «Los marinos

Efectivamente, los rusos no habían llegado todavía tan al sur, pero sin que los españoles llegasen a saberlo, a solo a unos pocos kilómetros de donde se detuvieron Arteaga y Bodega en 1779 tenían ya lucrativos asentamientos. Tampoco se habían visto barcos ingleses, por lo que la ausencia de europeos en aquellas aguas dio una falsa sensación de seguridad a Madrid.

A ello se sumó el que en 1779, mientras se terminaba de explorar Alaska, había estallado al otro lado de Norteamérica la Guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que España entró del lado de los colonos rebeldes. Carlos III y sus ministros decidieron aprovechar la revuelta de las Trece Colonias para resarcir la derrota frente a Gran Bretaña en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Los objetivos españoles eran reconquistar las Floridas, expulsar a los británicos de todos sus asentamientos en el Golfo de México y Honduras e incluso invadir Jamaica, lo que habría supuesto poner fin completamente a la presencia inglesa en el Caribe. Para esta ofensiva era necesario reunir todas las fuerzas militares y navales de que dispusiese la Corona y ni en Ciudad de México ni en Madrid había tiempo para atender, en medio del fragor de la guerra, la colonización de las remotas costas recién descubiertas. Nueva España tuvo que aportar y financiar gran parte del esfuerzo bélico español, que costó entre 34 y 37 millones de pesos, una contribución sin paralelo en la historia de la América española²². Como consecuencia, todos los esfuerzos del Virreinato se volcaron sobre el nuevo frente y entre 1779 y 1787 se paralizaron las expediciones al Noroeste²³.

Cuando Arteaga y Bodega llegaron a San Blas de su última expedición, desde Madrid se les felicitó por sus trabajos pero se ordenó que el segundo se trasladase de inmediato al La Habana junto con gran parte de la oficialidad del Departamento de San Blas, que quedó al mando de Arteaga, quien por su debilitada salud no estaba en condiciones de volver a la mar²⁴. El puerto de San Blas quedó así privado de casi todos los oficiales de la Real Armada que habían sido destinados para dirigir las exploraciones. Una de las preocupaciones de las autoridades españolas era que, al estallar la guerra, los británicos pudiesen atacar las lejanas Filipinas, como habían hecho con éxito en 1762. Dado

Salvador de Medina y Vicente Doz en la observación de Venus desde California en el año 1769», en *Temas de historia militar: 2.º Congreso de Historia Militar*. Estado Mayor del Ejército. Zaragoza, 1988, págs. 85-100.

²² Marichal, Carlos, «The Spanish Empire and the financial contribution of the Viceroyalty of New Spain to the war against Great Britain 1779-1783», en *Las Fronteras Hispánicas en Norteamérica: España, Méjico y los Estados Unidos*. Smithsonian Institution. Washington DC, 2007, pág. 3.

²³ Fuster Ruiz, Francisco: *op.cit.*, pág. 241.

²⁴ AGI, Estado, 20, n.º 31, «Carta n.º 631 de Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, a José de Gálvez, secretario de Estado de Indias», 7 de septiembre de 1780.

que San Blas contaba con numerosos pilotos acostumbrados a hacer la ruta del Galeón de Manila, se dio órdenes al Departamento para que concentrase todos sus esfuerzos en contribuir a aprovisionar y defender el archipiélago filipino de un posible ataque inglés. Los paquebotes *San Carlos* y *San Antonio* fueron enviados a toda prisa a Manila para dar el aviso de la guerra e incorporarse a las fuerzas navales españolas en Filipinas, llevando además dinero y a algunos de los pilotos más experimentados. Como consecuencia de la prioridad dada a proteger Manila, durante los dos siguientes años desde San Blas no salió ninguna nueva expedición hacia la costa noroeste y solo en 1782 se volvió a retomar el contacto con las misiones de la Alta California, pero limitándose los viajes al mero aprovisionamiento de la incipiente colonia²⁵.

Mientras tanto, el esfuerzo bélico español dio sus frutos: Bernardo de Gálvez lanzó su exitosa campaña que culminó con la toma de Pensacola mientras su padre, Matías de Gálvez, expulsaba a los ingleses de Honduras. Al terminar el conflicto en 1783, España había recuperado el terreno perdido en la Guerra de los Siete Años y asestado un duro golpe a la presencia británica en el Caribe²⁶. Pero el coste de las victorias de los Gálvez fue el abandono de las expediciones en el Pacífico.

Aquella parálisis resultó fatal, porque mientras tanto, sus competidores aprovecharon la retirada española. Los rusos continuaron el lento avance de sus factorías hacia el sur. Más grave fue la irrupción de los ingleses siguiendo al famoso explorador James Cook, que poco antes de la entrada de España en la guerra, en 1778, fue el primer británico en llegar a la región como parte de sus grandes viajes. Cook, que ya había realizado dos celebrados viajes de exploración por el Pacífico Sur, navegó desde Hawaii hasta alcanzar la costa norteamericana en los 44° 30' de latitud norte, y recorriendo la misma ruta que habían hecho antes los españoles, alcanzó la isla de Nootka, donde permaneció desde el 29 de marzo hasta el 26 de abril de 1778 comerciando con los nativos²⁷. La presencia de Cook en estas aguas fue breve y a su vuelta fue asesinado por los nativos hawaianos, pero la publicación de sus diarios tuvo inmediatamente mucha mayor repercusión que los de las expediciones españolas previas, celosamente guardados por la administración de la Corona, y ofreció para la mayoría de los europeos la primera noticia sobre las misteriosas costas del Noroeste.

²⁵ Granville, W., Hough, N. C.: *The Spanish Navy in the Californias during the Revolutionary War Era*, en: <https://www.militarymuseum.org/SpanishNavy.html> (13/02/2023).

²⁶ Véase la tesis doctoral de Quintero Saravia, Gonzalo: *Bernardo de Gálvez y América a finales del siglo XVIII*. UCM. Madrid, 2015.

²⁷ Currie, Noel Elizabeth: *Captain Cook and Nootka Sound*, University of British Columbia. Vancouver, 1994.

El viaje de Cook llamó la atención de los comerciantes ingleses, atraídos por el mercado de las pieles. Aunque la guerra también ralentizó los planes de expansión británicos, a partir de 1785, una vez terminado el conflicto, empezó a ser frecuente la presencia de barcos ingleses en la isla de Nootka, donde anclaban para cazar o intercambiar pieles con los nativos. Nootka se convirtió rápidamente, y sin que España lo supiera, en un importante puesto comercial británico. El principal responsable fue el traficante John Meares, que había comerciado en China bajo bandera portuguesa burlando el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales y que vio en el descubrimiento de Cook un filón por explotar, por lo que realizó varios viajes y estableció una pequeña compañía comercial con varios barcos para operar desde Nootka²⁸. En solo una década de ausencia española, las tierras vírgenes y desconocidas que avistó por primera vez Juan Pérez se habían convertido en un hervidero de mercantes europeos.

El gobierno español fue alertado de lo que estaba ocurriendo por la llegada de una expedición de sus aliados franceses comandada por Lapérouse en 1786²⁹. Lapérouse se entrevistó con Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile, y le informó de que había ya numerosos extranjeros en la región:

«El Conde de La Perouse, comandante de las dos fragatas francesas la Brújula y e Astrolabio, surtas en el puerto de Talcaguano, y a bordo de la suya ante aquel Maestre de Campo (Higgins), le enseñó en su carta general náutica cuatro establecimientos que el Imperio Ruso ha formado en el continente americano al norte de la California [...] las dos primeras son considerables y dista muy poco la del Rey Guillermo de nuestra más septentrional establecida por Bucareli»³⁰.

²⁸ Véase Nokes, Richard J.: *Almost a Hero: The Voyages of John Meares, R.N., to China, Hawaii and the Northwest Coast*. Washington State University Press. Pullman, 1998. Meares, con un buen ojo para la publicidad personal, dejó escritos sus viajes; Meares, John, *Voyages made in the years 1788 y 1789 from China to the North-West Coast of America*. Da Capo Press. Nueva York, 1791.

²⁹ Aunque la famosa expedición de Lapérouse, enviada por Luis XVI para dar la vuelta al mundo, desapareció misteriosamente cerca de Australia poco después, gran parte de sus diarios, incluida su visita a las posesiones españolas del Pacífico Noroeste, habían sido enviadas a Francia y pueden consultarse; Lapérouse, Comte de: *A voyage round the world, in the years 1785, 1786, 1787, and 1788*. J. Johnson. Londres, 1798.

³⁰ AHN, Estado, 4289, exp. 1, «Expedientes relativos al viaje alrededor del mundo del conde de La Perouse y a los establecimientos rusos en la costa occidental de América al Norte de California», 5 de mayo de 1786.

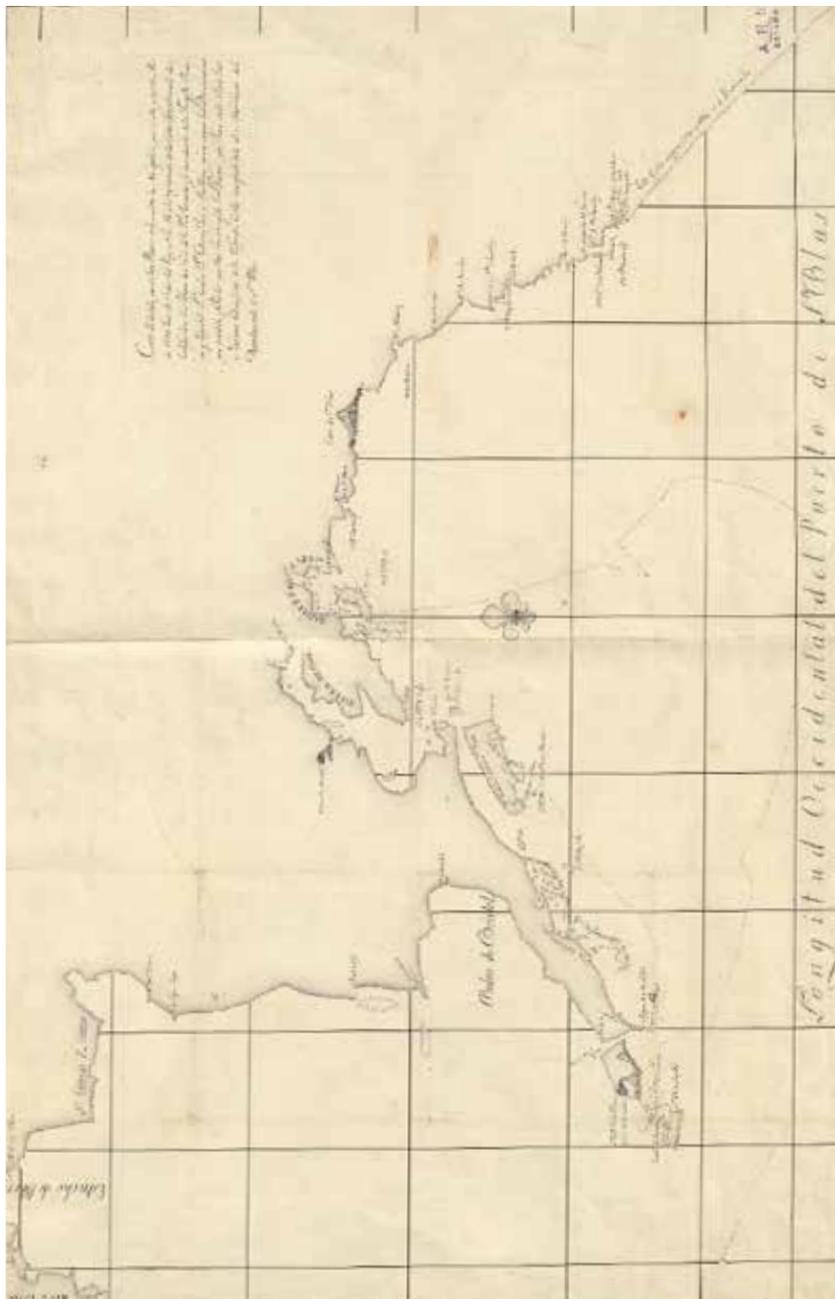


Fig. 2. Mapa de las costas de Alaska con el recorrido de la expedición de Martínez y Haro en 1788 (AHN)

No solo los rusos debían preocupar a España, porque los franceses dieron noticia a España de los viajes de Cook, que ya en la Isla de Pascua había disputado oficialmente la soberanía española:

«...en su tercer viaje dice que halló una cruz puesta por los españoles con la siguiente inscripción: *Christus Vincit. Carolis 3º Imperator, año de 1774, y que él puso esta otra: Georgius 3º Rex omnis, 1767, 1769, 1773, 1774, et 1777; por lo que los franceses se persuaden de que disputará la Gran Bretaña la propiedad*»³¹.

Las noticias de la actividad rusa e inglesa y el interés comercial que había despertado el Pacífico Norte en Europa sacaron a España de su confiada inactividad: «Ha de ser una de dos, desalojar de una vez a estos advenedizos o exponer para siempre todas nuestras posesiones y navegación a encuentros en nuestros tránsitos como nos acaece en las Antillas»³². Se ordenó por tanto al virrey de Nueva España que reactivase inmediatamente las exploraciones y en los siguientes años se lanzó una nueva oleada de expediciones de la Real Armada con el objetivo de reafirmar la soberanía española en aquellas aguas y frenar toda penetración extranjera.

En 1788 la *Princesa* y el *San Carlos*, a las órdenes de Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro, navegaron hasta Alaska para comprobar el avance ruso. En la isla Kodiak los españoles encontraron por primera vez un puesto ruso. Por la información que les dio el comerciante ruso Evstrati Delarov, los españoles supieron que había ya varios asentamientos rusos en Alaska y que su ambición era llegar hasta Nootka. La expedición continuó hacia el oeste hasta la isla de Unalaska, en el archipiélago de las Aleutianas, donde encontró otro pequeño puesto ruso que les confirmó la información. La estancia de los españoles en Unalaska marcó el punto más occidental al que llegó jamás la presencia española en el hemisferio americano (fig. 2)³³.

La crisis de Nootka (1790-1795)

La información de Lapérouse y Delarov convenció a España de que la llave del control de Pacífico Noroeste estaba en hacerse con la isla de Nootka. Para ello, se mandó rápidamente a Martínez y Haro con la orden de

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibidem*.

³³ Olson, Wallace, Porrúa, Enrique J.: «Los viajes españoles a las costas de Alaska entre 1774 y 1792 y su contribución a la etnografía del área», en *Anales del Museo de América*, n.º 10, 2002, p. 179.

establecer un puesto permanente. La expedición llegó en 1789 y encontró ya en la isla varios mercantes ingleses y estadounidenses comerciando con los indios. Martínez, siguiendo las órdenes, reclamó la soberanía española sobre la isla y toda la costa hasta Alaska y conminó a los buques europeos a que se retirasen. Así lo hicieron dos mercantes estadounidenses, cuya nación acababa de ganar su independencia en alianza con España y que reconocieron rápidamente la soberanía española. Más complicado fue el trato con los ingleses, que estaban intentando establecerse usando un buque con falsa bandera portuguesa, el *Ifigenia Nubiana*, perteneciente a la compañía de Meares y llegado de Macao. Martínez obligó a su capitán, William Douglas, a dar la vuelta y abandonar aguas españolas. La situación se complicó ante la llegada de otros dos barcos británicos, el *Princess Royale* y el *Argonaut*, al mando de James Colnett y también propiedad de Meares, que venían con numerosos trabajadores chinos y todos los utensilios necesarios para fundar un asentamiento permanente. Colnett se negó orgullosamente a reconocer la autoridad de Martínez, afirmando que tenía órdenes del Rey de Inglaterra de tomar posesión de la isla y «propasándose a producir cosas ofensivas contra los españoles»³⁴. En consecuencia, él y todos sus hombres fueron arrestados y sus barcos quedaron incautados y pasaron al servicio de la Real Armada. Previendo la llegada de más ingleses, Martínez fortificó la posición y fundó una colonia que llamó Santa Cruz de Nuca, levantado varias casas, una iglesia y el fuerte de San Miguel, que con diez cañones cerraba la entrada a la bahía. Este asentamiento, el único que los españoles levantaron en la actual Canadá, sería la población más septentrional de todo el Imperio Americano. Martínez consideraba en su informe que la posición, por sus condiciones, era un puerto inmejorable en la costa noroeste, pero alertaba de que «si la España no pone en esto remedio y toma severas resoluciones se volverá este puerto como la bahía de Cádiz con la concurrencia de naciones extranjeras»³⁵. Pese a ello, y ante la falta de noticias, desde México se ordenó a Martínez retirarse de la isla y volver a San Blas con los prisioneros.

Este incidente hizo estallar la llamada Crisis de Nootka, que estuvo a punto de llevar a España y Gran Bretaña a la guerra. El 11 de febrero de 1790 el embajador español en Londres, marqués del Campo, presentó una nota de protesta pidiendo que el gobierno británico desautorizase las incursiones de sus súbditos en tierras españolas. Como sospechaban los españoles, Colnett, pese a sus afirmaciones, era un mero contrabandista de la

³⁴ Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, 2848, exp. 8, «Noticias de los sucesos de Nootka recibidas poco tiempo después de que acaeciesen», 26 de agosto de 1789.

³⁵ AHN, Estado, 2848, exp. 8, «Noticias de los sucesos de Nootka recibidas poco tiempo después de que acaeciesen», 13 de julio de 1789.

compañía de Meares y no habían recibido orden alguna de su gobierno de apoderarse de Nootka. El nuevo virrey de Nueva España, conde de Revillagigedo, confiaba por ello en que la Corte de Londres desestimaría las reclamaciones y consideraba además: «este asunto no lo creo muy peligroso por el pronto, pues los ingleses no pueden proyectar ninguna expedición desde Europa, estando a tan grande distancia»³⁶.

El gobierno británico, encabezado por William Pitt el Joven, reaccionó inicialmente con cautela ante la falta de información sobre el incidente y aunque el Secretario de Exteriores, duque de Leeds, contestó exigiendo que se liberase a los británicos presos y se devolviese toda la propiedad incautada, no se atrevió a disputar la soberanía española de Nootka³⁷. La crisis estalló realmente en abril de 1790, cuando Meares llegó a Londres y a través de sus influencias organizó una campaña de propaganda para inflamar la opinión pública contra España y recabar el apoyo del gabinete. Como señala Norris: «Meares exageró las indignidades infligidas a sus barcos y tripulaciones y aseguró que había tomado posesión formal del territorio y establecido un asentamiento permanente en Nootka en 1788»³⁸. Estas afirmaciones eran falsas, pero crearon un clima de hostilidad ante la afrenta española y dieron munición al gobierno para endurecer su postura. Con unas elecciones aproximándose y algunos miembros del gabinete pidiendo mano dura, Pitt se vio obligado a apoyar las exigencias de Meares y en mayo de 1790 movilizó a la *Royal Navy* y dio un discurso en los Comunes rechazando toda pretensión española de soberanía y exigiendo libertad para los comerciantes ingleses en la costa Noroeste³⁹.

España, por su parte, respondió a la agresiva presión inglesa con una escalada militar, preparando la Armada para un eventual conflicto. En México, el virrey Revillagigedo ordenó recuperar rápidamente Santa Cruz de Nootka y fortificar la posición. Martínez había pedido que se enviase para guarnecer el fuerte tropa de infantería y artillería, «cosa algo rara en las

³⁶ AHN, Estado, 4289, exp. 6, «Carta del conde de Revilla-Gigedo a Don Manuel Antonio Flórez», 30 de agosto de 1789. No obstante, ya le había avisado su predecesor de que no debía descuidarse la cuestión de Nootka, pues «este asunto es preferente a todos»; AHN, Estado, 4289, exp. 6, «Carta de Don Manuel Antonio Flórez al conde de Revillagigedo», 27 de agosto de 1789.

³⁷ Calvo Maturana, Antonio, «Génesis del II Imperio Británico y ocaso del universalismo español: la doble vertiente del conflicto de Nootka (1790)», en *Hispania*, n.º 68, 2008, págs. 154-155.

³⁸ Norris, John T.: «The Policy of the British Cabinet in the Nootka Crisis», en *The English Historical Review*, vol. 70, n.º 277, 1955, pág. 569.

³⁹ *Ibidem*, pág. 573.

costas del Sur y difíciles de aprontar de luego a luego»⁴⁰. Encontrar y enviar hasta la remota isla un contingente militar era todo un reto para el ya de por sí extensísimo virreinato, pero las autoridades no perdieron tiempo en hacer llegar lo que se pudo. En abril de 1790, justo cuando en Londres se endurecía la retórica belicista, fondeó en Nootka una flotilla española de tres buques -la *Concepción*, el *San Carlos* y el *Princess Royale* capturado a Colnett y rebautizado como *Princesa Real*-, comandada por el teniente de navío Francisco de Eliza⁴¹. Viajaba a bordo un contingente de tropas de infantería pertenecientes a la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña. Esta unidad se había creado en Barcelona en 1767, siguiendo la tradición de los *miquelets*, y era una tropa de infantería de montaña destinada expresamente al servicio en América⁴². Su destino inicial era La Habana, pero finalmente se les envió a México donde se desplegaron en la frontera norte y combatieron en las campañas de colonización y pacificación en apoyo de las misiones franciscanas de California. El contingente enviado a Nootka estaba a las órdenes del capitán Pedro Alberni, que era comandante militar de la región de Nayarit, y contaba con 76 hombres a su mando⁴³. Muchos de ellos no eran catalanes, pues las plazas se habían ido cubriendo en los años anteriores reclutando españoles de otras regiones y criollos mexicanos, pero seguían vistiendo el característico uniforme con barretina⁴⁴.

Aunque aparentemente modesto, este contingente militar era considerable para los estándares de la frontera californiana y representaba un serio intento de asegurar la posesión de Nootka⁴⁵. Eliza, como comandante de la expedición, era la máxima autoridad militar, pero Alberni fue nombrado comandante y gobernador militar de la colonia de Santa Cruz. Bajo sus órdenes, se puso todo el empeño en convertir el pequeño emplazamiento en un asentamiento funcional, construyendo bajo la protección del Fuerte de

⁴⁰ AHN, Estado, 2848, exp. 8, «Noticias de los sucesos de Nootka recibidas poco tiempo después de que acaeciesen», 28 de agosto de 1789.

⁴¹ Fuster Ruiz, Francisco: *op.cit.*, pág. 86.

⁴² Borrero Silva, María del Valle, Tonella Trelles, María del Carmen: «La presencia de catalanes en la provincia de Sonora a fines del siglo XVIII», en *Temas Americanistas*, n.º 36, 2016, págs. 109-110.

⁴³ López Jiménez, José Enrique: «Cuando ocupamos Alaska: la mayor extensión del Imperio Español», en *Revista Ejército*, n.º 854, 2012, pág. 110.

⁴⁴ De hecho, del contingente de Nootka, solo un 12 % eran catalanes, mientras los criollos representaban el 55 %; Cutter, Donald C.: «Pedro Alberni y los primeros experimentos de agricultura científica en la costa Noroeste del Pacífico», en *Revista de historia naval*, n.º 18, 1987, pág. 43.

⁴⁵ Para comparar, el contingente de Voluntarios Catalanes destinado para ocupar y guarnecer la Alta California bajo las órdenes del gobernador Gaspar de Portolá era de solo 25 hombres; Osante, Patricia: «Los militares catalanes y el establecimiento del nuevo sistema de autoridad en el oeste novohispano», en *Temas de América*, n.º 3-4, 1999, pág. 78.

San Miguel nuevas casas, un horno de pan, una herrería y fomentando, pese a la aspereza del clima y la tierra, algunos cultivos (fig. 3)⁴⁶. Alberni puso además especial cuidado en mantener buenas relaciones con los nativos y su jefe, Maquinna, hasta el punto de que la crónica de un testigo destacaba «el cariño singular que profesan [los nativos] por el capitán de Voluntarios»⁴⁷. Los rigores del durísimo invierno, la aparición de enfermedades y la lejanía de cualquier otro asentamiento español hacían que la vida en Santa Cruz de Nootka fuese extremadamente dura, pero Eliza y Alberni no dejaron decaer el ánimo y se esforzaron por mantener activa la colonia.

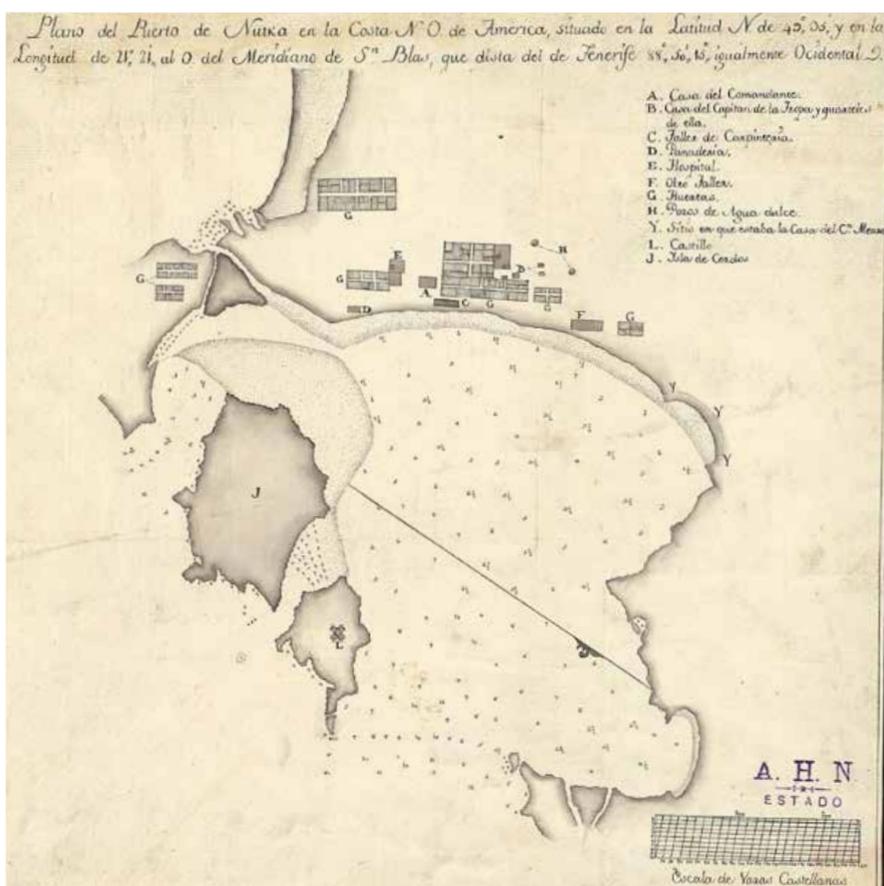


Fig. 3. Plano de la colonia de Santa Cruz de Nootka, AHN

⁴⁶ Cutter, Donald C.: *op.cit.*, págs. 46-49.

⁴⁷ Así aparece en la crónica del científico de la expedición Malaspina José Mociño; Archivo del Museo Naval, mns. «Noticias de Nootka», vol. 144, pág. 65.

Pese a la distancia, el puesto no estaba ni mucho menos olvidado y Revillagigedo se aseguró de que a través de los buques de San Blas hubiese una correspondencia regular y se aprovisionase a los residentes. De hecho, entre 1790 y 1793 Santa Cruz se convierte en el centro de una intensa actividad militar y exploradora. En un intento de afianzar el dominio español sobre Nootka y sus alrededores, ordenó varias expediciones para cartografiar con exactitud el estrecho de Juan de Fuca y las costas alrededor de la isla⁴⁸. Para asegurar la posición en caso de que los ingleses reclamasen Nootka, los españoles levantaron un pequeño fuerte al otro lado del estrecho, en la costa continental, en la bahía de Núñez Gaona (hoy Neah Bay), que fue el primer asentamiento europeo del actual Estado de Washington⁴⁹. Aunque los misioneros intentaron evangelizar a los nativos makah, estos se demostraron mucho menos tratables que sus vecinos de Nootka. El alférez de navío Manuel Quimper, que estableció contacto con ellos por primera vez en 1790, los llamó «belicosos, intrépidos y ladrones», pues asaltaron a un soldado de la guarnición del buque *Princesa Real*:

*«Habiéndose separado de los de su clase y marinería que fueron a lavar su ropa, acariciado de los indios con frutas silvestres manifestándole dónde las había, se dejó llevar de ellos, los que luego que lo tuvieron distante de poder ser auxiliado de los nuestros, cayeron sobre él con golpes de brazo, flechas y hasta el mismo machete que llevaba para su resguardo, y dejándolo mortalmente herido se retiraron»*⁵⁰.

Dos años después se produjo un nuevo incidente cuando el piloto del *Princesa Real*, Antonio Serrantes, que había desembarcado para cazar, fue asaltado y asesinado por los nativos. El teniente de navío Salvador Fidalgo ordenó como represalia una incursión en la que los soldados españoles mataron a varios indios makha y los obligaron a huir. La dureza de esta acción, sin embargo, fue reprendida por las autoridades españolas, que insistieron en la importancia de mantener buenas relaciones con los indios⁵¹.

Mientras los españoles afianzaban su posición en Nootka a la espera del posible ataque británico, no descuidaron el continuar la exploración más al norte para vigilar el avance ruso. En 1790 Salvador Fidalgo, a bordo

⁴⁸ AGI, Estado, 43, n.º 14, «Expedición de Manuel Quimper y Francisco de Eliza al descubrimiento del Estrecho de Fuca».

⁴⁹ Berlin, O.B.: «Washington Forts of the Fur Trade Regime», en *The Washington Historical Quarterly*, vol. 8, n.º 2, 1917, págs. 102-103.

⁵⁰ AHN, Estado, 4286, exp. 1, «Carta de Manuel Quimper al Conde de Revillagigedo», 13 de noviembre de 1790.

⁵¹ Schwantes, Carlos A.: *The Pacific Northwest: An Interpretive History*. University of Nebraska Press. Lincoln (EE.UU.), 1996, pág. 51.

del *San Carlos*, había navegado desde Nootka hacia el norte hasta Alaska, encontrando a los rusos de Delarov establecidos en algunos puestos fortificados en Kodiak y Kenai, que afirmaron haber llegado en 1787. Fidalgo informó puntualmente del armamento de estos asentamientos y reclamó de nuevo todas las tierras de Alaska en nombre del Rey de España, haciendo tomas de posesión formales en los puertos que llamó Valdez y Córdova, donde todavía hoy existen sendas ciudades con esos nombres⁵².

En 1791 llegó a la región la famosa expedición científica de Malaspina y Bustamante, que estaba circunnavegando el globo recogiendo una enorme cantidad de datos científicos, etnográficos y políticos de la totalidad del Imperio Español y varias regiones de Asia y Oceanía. Tras recorrer toda la costa pacífica de América, las dos corbetas de la expedición, *Atrevida* y *Descubierta*, llegaron a Acapulco, donde recibieron órdenes de subir hasta Nootka e intentar descubrir si existía el Paso del Noroeste. La expedición llegó a la remota colonia de Santa Cruz a finales de 1791 y con la información suministrada por los marinos y soldados allí residentes, navegó hasta Alaska, donde confirmó la ausencia del mítico paso y tomó detallada nota de las costumbres de los nativos tinglit, antes de cruzar el Pacífico hacia Filipinas⁵³.

Las Convenciones de Nootka y el fin de la presencia española en el Pacífico Norte (1795-1819)

Mientras en los confines de América los españoles reafirmaban su presencia, en Europa las circunstancias eran poco halagüeñas. Frente a la agresiva presión del gobierno inglés, la Corte de Madrid se enfrentaba a una guerra si no abandonaba Nootka. En Gran Bretaña la opinión pública se había manifestado agitadamente a favor de la guerra por considerarlo una cuestión de orgullo nacional y dentro del gobierno muchos compartían la opinión de que, tras la dura derrota sufrida en 1783, el Imperio Británico no podía permitirse ceder. Pitt había asegurado ya el apoyo de sus aliados en el momento, Prusia y Holanda, para evitar quedar aislado como había ocurrido en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. En Madrid, el principal

⁵² AHN, Estado, 4286, exp. 1, «Carta de Salvador Fidalgo al Conde de Revillagigedo», 13 de noviembre de 1790.

⁵³ Gracias a la amplia colección de dibujos que realizó la expedición tenemos un repertorio gráfico muy detallado del aspecto de la colonia de Santa Cruz, sus habitantes y los nativos de la zona; Jiménez Pelayo, Águeda: «Tomás de Suria, un dibujante de la expedición de Malaspina. Su contribución al conocimiento del occidente de Norteamérica», en *Anuario De Estudios Americanos*, vol. 54, n.º 2, 1997, pág. 501-509.

problema era que no se podía contar con el apoyo tradicional de Francia, que en estos años se encontraba en pleno fragor de la Revolución Francesa. Pitt temía que el Pacto de Familia se reactivase, pues en 1790 Luis XVI todavía seguía siendo rey, aunque sometido al control de la Asamblea, y los sectores contrarrevolucionarios creían que acudiendo en apoyo de los Borbones españoles el monarca podía recuperar protagonismo y ganar apoyo público hacia la Corona. El gobierno inglés llegó a negociar en secreto con Francia para mantenerla fuera de una posible guerra, y finalmente la deriva radical de la Asamblea, cada vez más revolucionaria, condenó cualquier posible cooperación franco-española⁵⁴. Sin su principal aliado, Floridablanca se vio forzado a buscar el apoyo de una endeble coalición con Rusia, Suecia y Dinamarca pero no consiguió de ninguno garantías de apoyo suficientes. En octubre de 1790 Carlos IV convocó de emergencia una junta extraordinaria con algunos de los militares y políticos de mayor confianza de la Corte que, tras estudiar todas las opciones, se manifestó a favor de ir a la guerra antes que ceder, incluso sin el apoyo de aliados⁵⁵. Pero Floridablanca consideraba esta opción como suicida dada la superioridad naval británica, y prefirió transigir a cambio de una salida negociada.

Las conversaciones entre Floridablanca y Pitt llevaron finalmente a la firma de las Convenciones de Nootka. En esta serie de tratados, España y Gran Bretaña declaraban la isla territorio neutral y se comprometían a permitir la libre navegación y el comercio de ambos países en las aguas del Pacífico Norte⁵⁶. Con estos acuerdos, España abandonó su reivindicación al monopolio de la región y tuvo que acceder a aceptar la presencia británica, aunque consiguió evitar el riesgo de un asentamiento inglés permanente. En cualquier caso, la forzada renuncia de Madrid a sus derechos fue un triunfo de la administración británica y un duro revés para el prestigio de la Monarquía española⁵⁷.

Para llevar a efecto los acuerdos ambos países enviaron expediciones a la isla, comandadas por Bodega y George Vancouver respectivamente. Como comisionados, dieron fe de la neutralización de la isla con el desmantelamiento de la colonia de Santa Cruz y Fuerte San Miguel. En esta triste

⁵⁴ Evans, Howard V.: «The Nootka Sound Controversy in Anglo-French Diplomacy», en *The Journal of Modern History*, vol. 46, n.º 4, 1974, pág. 636.

⁵⁵ AHN, Estado, 2848, exp.10, «Papeles reservados relativos a la Junta celebrada en Palacio (Madrid) sobre las desavenencias entre España e Inglaterra motivadas por el desalojo de Nootka».

⁵⁶ Martínez Peñas, Leandro y Granda Lorenzo, Sara: «La aplicación de las Convenciones de Nootka. Una aportación documental», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid, 2011, pág. 59.

⁵⁷ Calvo Maturana, Antonio: *op.cit.*, pág. 189.

misión, Bodega mantuvo excelentes relaciones con Vancouver y decidieron dar su nombre conjuntamente a la isla como isla de Bodega y Vancouver. Posteriormente, por desgracia, los ingleses ignorarían este caballeroso acuerdo y a día de hoy la región lleva únicamente el nombre del explorador inglés. Los comisionados no se pusieron de acuerdo, en cambio, al establecer los límites del territorio de soberanía española exclusiva, que Vancouver fijaba muy al sur, en la misión franciscana de la Bahía de San Francisco, mientras que Bodega establecía casi en la propia Nootka⁵⁸.

En 1795 se terminaron de dismantelar los últimos edificios españoles en Nootka y, con ello, se ponía fin a las ambiciones de España de controlar toda la costa septentrional del Pacífico. Desde entonces, los españoles no volverían a navegar al norte de Nootka. En Europa habían estallado con toda su furia las Guerras Revolucionarias derivadas de la ejecución en Francia de Luis XVI y la atención de España y Gran Bretaña por los remotos territorios del Pacífico Norte se desvaneció. La desaparición de los otros competidores fue aprovechada por los rusos para afianzar su presencia en Alaska. Libre de molestas visitas de los buques de la Real Armada, a principios del siglo XIX se produciría la edad dorada de la América Rusa, que incluso llegó a extender sus avanzadillas hasta California⁵⁹.

En 1819, con la práctica totalidad del imperio americano sumido en el caos de las guerras de emancipación, España cedió definitivamente todos sus derechos de soberanía sobre el Pacífico Norte a Estados Unidos por el Tratado Adams-Onís. Poco después, la independencia de México en 1822 puso fin a la última presencia española en California.

La exploración del Pacífico Norte fue uno de los últimos episodios del Imperio Español, que con ella alcanzo su máxima extensión territorial. La presencia real en el territorio fue breve y escasa, y el dominio español nunca pasó de lo nominal. Pero entre 1774 y 1795 los marinos y soldados españoles contribuyeron a llenar el último vacío pendiente del mapa americano surcando aguas y descubriendo tierras que ningún europeo había visto antes. Aunque, como con las propias exploraciones, muchos de los nombres cayeron luego en el olvido, todavía hoy encontramos en Alaska ciudades con sonoros nombres hispanos como Valdez o Córdova y la cartografía de la costa, con lugares como Bucareli Bay, Revillagigedo Island, Heceta Head, Port Fidalgo, Juan Pérez Sound o Malaspina Glacier, recuerda a aquellos hombres que los pusieron por primera vez en el mapa.

⁵⁸ Cumplido Muñoz, José Ramón: *op.cit.*, pág. 30.

⁵⁹ Sobre la América rusa, véase Chevigny, Hector: *Russian America: The Great Alaskan Venture, 1741-1867*. Viking Press. Nueva York, 1965.

BIBLIOGRAFÍA

- BEALS, Herbert K.: *Juan Perez on the Northwest Coast: Six Documents of his Expedition in 1774*. Oregon Historical Society Press. Portland, 1992.
- BERLIN, O.B.: «Washington Forts of the Fur Trade Regime», en *The Washington Historical Quarterly*, vol. 8, n.º 2, 1917.
- BORRERO SILVA, María del Valle y TONELLA TRELLES, María del Carmen: «La presencia de catalanes en la provincia de Sonora a fines del siglo XVIII», en *Temas Americanistas*, n.º 36, 2016.
- CALVO MATURANA, Antonio: «Génesis del II Imperio Británico y ocaso del universalismo español: la doble vertiente del conflicto de Nootka (1790)», en *Hispania*, n.º 68, 2008.
- CHEVIGNY, Hector: *Russian America: The Great Alaskan Venture, 1741-1867*. Viking Press. Nueva York, 1965.
- CRESPI, Juan; PEÑA, Tomás de la y PALOU, Francisco: *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1779)*. Clásicos de la Historia [en línea]: <https://drive.google.com/file/d/106venHT8MGXCRMj7Q0VHLxF5UjPrILN/view>.
- CUMPLIDO MUÑOZ, José Ramón: «Guerra fría entre España y Gran Bretaña: la crisis de Nootka», en *Revista de Historia Naval*, n.º 111, 2011.
- CURRIE, Noel Elizabeth: *Captain Cook and Nootka Sound*. University of British Columbia. Vancouver, 1994.
- CUTTER, Donald C.: «Pedro Alberni y los primeros experimentos de agricultura científica en la costa Noroeste del Pacífico», en *Revista de historia naval*, n.º 18, 1987.
- EVANS, Howard V.: «The Nootka Sound Controversy in Anglo-French Diplomacy», en *The Journal of Modern History*, vol. 46, n.º 4, 1974.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Manuela: «La presencia rusa en el Pacífico Noroeste», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, 2011.
- FUSTER RUIZ, Francisco: *El final del descubrimiento de América: California, Canadá y Alaska, 1765-1822: aportación documental del Archivo General de la Marina*. Universidad de Murcia. Murcia, 1997.
- GRANVILLE, W., HOUGH, N.C.: *The Spanish Navy in the Californias during the Revolutionary War Era*, en: <https://www.militarymuseum.org/SpanishNavy.html>
- GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio: «De Austrias a Borbones. La evolución del tráfico comercial con Indias y el cambio de dinastía», en *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n.º 56, 2006.

- HERREROS CEPEDA, Alicia: «Breve introducción a la presencia española en el Noroeste de América», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid, 2011.
- JIMÉNEZ PELAYO, Águeda: «Tomás de Suria, un dibujante de la expedición de Malaspina. Su contribución al conocimiento del occidente de Norteamérica», en *Anuario De Estudios Americanos*, vol. 54, n.º 2, 1997.
- LAPÉROUSE, Comte de: *A voyage round the world, in the years 1785, 1786, 1787, and 1788*. J. Johnson. Londres, 1798.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, José Enrique: «Cuando ocupamos Alaska: la mayor extensión del Imperio Español», en *Revista Ejército*, n.º 854, 2012.
- MARICHAL, Carlos, «The Spanish Empire and the financial contribution of the Viceroyalty of New Spain to the war against Great Britain 1779-1783», en *Las Fronteras Hispánicas en Norteamérica: España, Méjico y los Estados Unidos*. Smithsonian Institution. Washington DC, 2007.
- MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro y GRANDA LORENZO, Sara: «La aplicación de las Convenciones de Nootka. Una aportación documental», en *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid, 2011.
- MEARES, John: *Voyages made in the years 1788 y 1789 from China to the North-West Coast of America*. Da Capo Press. Nueva York, 1791.
- NOKES, Richard J.: *Almost a Hero: The Voyages of John Meares, R.N., to China, Hawaii and the Northwest Coast*. Washington State University Press. Pullman, 1998.
- NORRIS, John T.: «The Policy of the British Cabinet in the Nootka Crisis», en *The English Historical Review*, vol. 70, n.º 277, 1955.
- OLSON, Wallace y PORRÚA, Enrique J.: «Los viajes españoles a las costas de Alaska entre 1774 y 1792 y su contribución a la etnografía del área», en *Anales del Museo de América*, n.º 10, 2002.
- OSANTE, Patricia: «Los militares catalanes y el establecimiento del nuevo sistema de autoridad en el oeste novohispano», en *Temas de América*, n.º 3-4, 1999.
- PIÑERA Y RIVAS, Álvaro de la: «Los marinos Salvador de Medina y Vicente Doz en la observación de Venus desde California en el año 1769», en *Temas de historia militar: 2.º Congreso de Historia Militar*. Estado Mayor del Ejército. Zaragoza, 1988.
- QUINTERO SARAVIA, Gonzalo: *Bernardo de Gálvez y América a finales del siglo XVIII*. UCM. Madrid, 2015.

- SÁNCHEZ MONTAÑÉS, Emma: «Las expediciones españolas del siglo XVIII al Pacífico norte y las colecciones del Museo de América (Madrid). La expedición de Arteaga de 1779», en *Anales del Museo de América*, n.º 20, 2012.
- SCHWANTES, Carlos A.: *The Pacific Northwest: An Interpretive History*. University of Nebraska Press. Lincoln (EE.UU.), 1996.
- WEBER, David J.: «Borbones y Bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos», en *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico-sociales*, n.º 13, 1998.

